

Un compromiso con la palabra

(Palabras de presentación de La Revista)

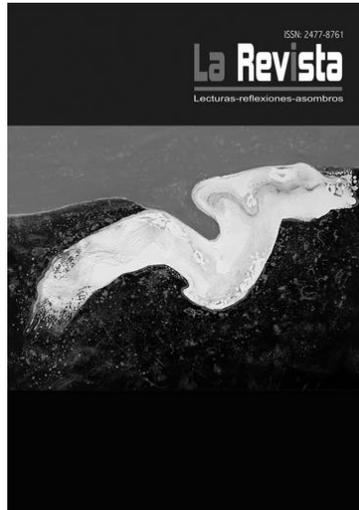
José Villamarín Carrascal

133

“¿Cómo contar una historia a sus lectores, que la han visto y oído decenas de veces en la televisión o en la radio, ese mismo día? ¿Con qué palabras narrar, por ejemplo, la desesperación de una madre a la que todos han visto llorar en vivo delante de las cámaras?”.

Estas son las preguntas que se plantea el periodista y escritor argentino Tomás Eloy Martínez, como una suerte de disyuntiva entre el periodismo escrito y el audiovisual, donde la seducción de las imágenes y el audio es tan poderosa que da la idea de que aquellas interrogantes se quedarán solo en preguntas retóricas.

Y aquellas son, con seguridad, interrogaciones que más de un estudiante de periodismo se hace a diario cuando, como parte de sus trabajos universitarios, se tiene que enfrentar a la pantalla en



blanco, pensando cómo describir una calle desolada por la lluvia o el atraco de un malandrín, cuando las cámaras, aunque fuere de los teléfonos celulares, dieron cuenta del hecho segundo a segundo, a todo color, con la fuerza y el impacto de la imagen y el sonido ambiental y las voces de los involucrados en el hecho.

La respuesta la dio el propio escritor argentino, quien, con sabiduría, llamó a este un reto entre el intelecto y los sentidos. "Ese duelo entre la inteligencia y los sentidos -dice- ha sido resuelto hace varios siglos por las novelas, que todavía están vendiendo millones de ejemplares... También el periodismo ha resuelto el problema a través de la narración, pero a los editores les cuesta aceptar que esa es la respuesta a lo que están buscando desde hace tanto tiempo."

Al hablar de narración, Tomás Eloy Martínez se refiere a una práctica centenaria que tan buenos frutos ha rendido en el mundo de la comunicación escrita: el maridaje entre periodismo y literatura, que es precisamente el tema central del presente número de La Revista, que hoy presentamos a ustedes, amable auditorio.

Un maridaje que tiene distintas denominaciones: periodismo narrativo, narración periodística, periodismo literario, literatura periodística o, simplemente, literatura de no ficción, que consiste en escribir notas o relatos periodísticos

sin faltar a su esencia, cual es la de dar cuenta de hechos reales y no ficticios, pero apelando a recursos de la novela, esto es, una escritura donde el periodista juegue sutilmente con las palabras, donde maneje los tiempos que ayuden a superar una redacción plana y aburrida, donde los protagonistas tengan vida y color, donde la descripción del entorno y el apego a los detalles le trasladen a lector al lugar de los hechos y hagan más verosímil el relato.

Ejemplos de esta simbiosis entre literatura y periodismo los hay por doquier. Solo citemos algunos casos, unos más clásicos que otros.

El escritor inglés, Daniel Defoe, en su *Diario del año de la peste* (1722), construye un impresionante relato a partir de entrevistas a sobrevivientes de la peste negra que asoló Londres en 1665. Albert Camus da cuenta de otro hecho similar que azotó a Argelia, en su novela *La peste*. También sobre hechos reales, el gran poeta Edgar Allan Poe fundamentó su obra *Los crímenes de la calle Morgue* (1841).

Esta relación periodismo-literatura es aún más palpable en casos en los cuales los sucesos fueron primeramente difundidos a través de los medios, generalmente en notas de poca monta, y que luego fueron elevadas a categoría de grandes obras literarias.

El caso más clásico quizá sea la novela de Truman Capote, *A sangre fría*, quien partió de una simple nota periodística difundida a través de los medios de comunicación, que informaron de manera rápida, superficial, sobre un hecho de sangre, que luego fue recogido, investigado y convertido por Capote en una obra maestra de la literatura contemporánea.

Y no son nada raros los casos en los cuales los propios periodistas-escritores primero publicaron sus trabajos en el periódico en el que trabajaban y luego lo convirtieron en grandes novelas que han trascendido más allá de la fatuidad y contingencia de la noticia sujeta a la tiranía de la actualidad.

Ahí están Ernest Hemingway o George Orwell, quienes primero escribieron en sus periódicos

sobre la Guerra Civil española, y luego la recrearon en sus novelas. O John Dos Passos cuando escribe sobre el caso Sacco y Vanzetti. O, por supuesto, lo realizado por el “Reportero del Tercer Mundo”, el gran maestro Rizsard Kapuscinki, quien, con todo el material que no podía publicar en su agencia de noticias, armó grandes novelas hoy de obligada lectura. Ahí tenemos Ebano, por ejemplo, donde, haciendo gala de un peligroso pero apasionante periodismo de inmersión, refiere sobre los intrínquilis de las rebeliones en África.

No podemos olvidarnos de uno de los grandes referentes del periodismo y la literatura latinoamericana, Gabriel García Márquez, quien confesó que “Aprendí a escribir cuentos escribiendo crónicas y reportajes”. Para él, primero fue el periodismo, luego la literatura. Así sucedió, por ejemplo, cuando en 1955 relató en 14 crónicas, en *El Espectador* de Bogotá, la milagrosa supervivencia del marinero Luis Alejandro. Quince años después, estas peripecias vieron la luz como novela, en *Relato de un naufrago*, publicado en 1970.

136

Idéntico es el origen de *Crónica de una muerte anunciada*. El hecho ocurrió en 1951, cuando lo dio a conocer a modo de crónica, y 30 años después, en 1981, lo publicó como novela.

Los ejemplos siguen pululando. Maestros del idioma castellano como José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera y Rubén Darío, hicieron suya la tarea de retratar la realidad. Martí, prócer de la independencia cubana, escribió en *La Nación* y en *La Opinión Nacional* de Caracas; Gutiérrez Nájera en *El Nacional* de México, y Rubén Darío escribió en *La Nación* de Buenos Aires.

En América Latina, todos los grandes escritores fueron alguna vez periodistas: Borges, García Márquez, Fuentes, Onetti, Vargas Llosa, Asturias, Neruda, Paz, Cortázar, Osvaldo Soriano, Tomás Eloy Martínez... Pero también están los de otras latitudes. Ahí suenan nombres como los de Ernest Hemingway, Graham Green, George Orwell, Rodolfo Walsh, Rosa Montero, John Lee Anderson, y una interminable lista más.

Siguiendo esta línea del periodismo literario o la narración periodística, en los últimos años, casi todas las casas editoriales tienen una colección de crónicas, y varias revistas del continente americano cultivan el género: *El Malpensante*, *Etiqueta Negra*, *Soho*, *Anfibia*, *Gatopardo*, son algunas de ellas. Para las actuales generaciones que arriesguen su futuro en el periodismo, trabajar en estas revistas debería ser su reto, su utopía..., hace tiempo que dejó de serlo el formar parte de la planta de redacción de un diario, cada vez más cicatero en el uso de la palabra, a la que ha terminado mercantilizándola en función de intereses que no son los del público, ávido de historias que le problematiquen la realidad, que le dejen pensando y reflexionando sobre el mundo y su entorno, con la seducción de la palabra sencilla, virtuosa, original, llena de expresividad y colorido, pero que no da tregua cuando de retratar la realidad se trata.

Es que, como dice el tantas veces citado periodista y escritor argentino, autor de la novela *El vuelo de la reina*, "Un hombre no puede divi-

dirse entre el poeta que busca la expresión justa de nueve a doce de la noche y el reportero indolente que deja caer las palabras sobre las mesas de redacción como si fueran granos de maíz. El compromiso con la palabra es a tiempo completo, a vida completa. Puede que un periodista convencional no lo piense así. Pero un periodista de raza no tiene otra salida que pensar así”.

Para terminar, permítanme un guiño a nuestros estudiantes y a nosotros mismos como docentes. Los profesores, ¿qué estamos haciendo para que el compromiso con la palabra por parte de nuestros estudiantes, sea un compromiso a tiempo completo?

Aún no se ha llagado, espero estar exagerando, a tomar siquiera conciencia del hecho de que nuestros estudiantes, futuros comunicadores, serán al menos escritores a tiempo parcial, y que los aspirantes a periodistas serán escritores a tiempo completo. ¿Les estamos preparando en esta sapiencia a ellos? ¿Estamos, al menos, incentivando la lectura? ¿Y qué están haciendo ellos mismos para, al menos, llegar a tutear a las 27 letras del alfabeto?

Un primer paso, insuficiente aún, pero no por eso menos importante, es La Revista. Pero hay que dar siempre un primer paso si se quiere llegar lejos.